

**LOS HISTORIADORES. UNA COMUNIDAD DEL SABER.
MÉXICO, 1903 -1955.
ENTREVISTA AL DR. JESÚS IVÁN MORA MURO**

DIANA BALTAZAR MOZQUEDA¹
JESÚS ALEJANDRO BÁEZ RODRÍGUEZ²

En esta ocasión les traemos una entrevista al Dr. Jesús Iván Mora Muro quien recientemente publicó un libro titulado *Los historiadores. Una comunidad del saber. México, 1903 -1955*, tema sobre el que versa la presente entrevista.

El Dr. Iván Mora es licenciado en Historia por la Universidad de Guadalajara, Maestro en Historia por la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México y Doctor en Historia por el Colegio de Michoacán. Ha trabajado en la Universidad de Guadalajara y actualmente es profesor investigador de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Querétaro, donde coordina la Maestría en Estudios Históricos.

Entrevistadores (E): Dr. Iván, muchísimas gracias por estar con nosotros y concedernos esta entrevista, primero quisiéramos que nos platique sobre su trayectoria académica.

Jesús Iván Mora Muro (JIMM): Muchas gracias, estudié en la Universidad de Guadalajara la Licenciatura en Historia del año 2001 al 2006, fueron cinco años, en algunas partes son cuatro años, pero en la Universidad de Guadalajara son cinco, me titulé con una tesis sobre la filosofía de Antonio Caso, entonces desde la licenciatura me interesó el pensamiento intelectual, filósofos, escritores, artistas en general. Fue la primera de investigación que realicé como tesis de licenciatura acerca de la filosofía de Antonio Caso, el “Ateneo de la Juventud” y toda esa generación, es el primer acercamiento a la historia de las ideas, como se llamaba

¹ Estudiante del Doctorado en Estudios Novohispanos por la Universidad Autónoma de Zacatecas, Licenciada en Historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Maestra en Estudios Históricos por la Universidad Autónoma de Querétaro. Líneas temáticas referentes a la historia de las mujeres y de género, en particular: criminalidad femenina, violencia contra las mujeres y conflictos en la vida de pareja siglos XVIII y XIX. Correo electrónico: diana_baltazar_m@hotmail.com

² Profesor investigador de tiempo completo y subdirector académico de la Escuela Normal Superior de Querétaro (ENSQ). Licenciado en Historia (UAQ), estudios de maestría en Historiografía (UAM-A), Maestro en Educación por la ENQ y Doctorante en Enseñanza Superior por el COLMOR. Correo electrónico: jbaez@ensq.edu.mx

regularmente en ese momento, que ya existía la historia intelectual, pero en ese período en lo que me basé fue en esa historia de las ideas estilo José Gaos y la escuela que deja en México tras su llegada de España. La filosofía de Antonio Caso, la centré en el estudio de lo religioso, es decir, cómo veían al cristianismo y al catolicismo en su separación del catolicismo en cierta manera.

Trabajé un tiempo en Guadalajara dando clases de historia a estudiantes extranjeros en la Universidad de Guadalajara. En el 2008 ingreso a la maestría en Historia de la Universidad Iberoamericana, me traslado a la Ciudad de México de 2008 a 2010, ahí aprendí muchísimas líneas teóricas, historiográficas de la disciplina con profesores como Alfonso Mendiola, el propio Ilán Semo, hijo de Enrique Semo, Luis Vergara, todos ellos con diferentes perspectivas analistas de la teoría de la historia.

Esos dos años fueron mi entrada a la disciplina en todos los sentidos, fue un periodo muy interesante porque hice una tesis sobre “Ábside”, una revista mexicana católica fundada por dos sacerdotes, Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte, dos michoacanos que tenían la revista en la ciudad de México. La investigación de la revista empieza en 1937 y termina en 1949 (el periodo que analicé). Ahí traté temas de la historia intelectual desde revistas, publicaciones que tenían un toque conservador, hispanista, sacerdotes, como el director de la revista y los colaboradores, también intelectuales, poetas escritores y artistas católicos. La Iberoamericana fue un parteaguas para mí, porque bueno, como es una institución jesuita fue muy bien aceptado el tema del catolicismo.

En el 2010 termino la tesis, me titulo y me voy a Zamora, Michoacán porque mi intención era entrar al Colegio de Michoacán. Estoy 10 meses trabajando en escuelas ahí en Zamora viviendo en ese momento con mi esposa Abril, que era estudiante de El Colegio de Michoacán.

Entro en el 2011 (al COLMICH) y termino la tesis en el 2016. Fue un parteaguas importante [porque] hice la investigación sobre los historiadores mexicanos de principios del siglo XX. Ya me había dedicado a Antonio Caso; la filosofía de estos intelectuales miembros del “Ateneo de la Juventud” y después la revista “Ábside” por los Méndez Plancarte y es en ese momento decido hacer la tesis en el Colegio de Michoacán [sobre] la Academia Mexicana de la Historia, [porque] fue lo primero que me interesó. Cuando aparece la academia [1919] me doy cuenta que un tercio de los fundadores son sacerdotes, otros abogados, periodistas, de otros ámbitos

de la cultura mexicana, pero todos son católicos férreos, defensores del catolicismo en la doctrina, del catolicismo en el ámbito intelectual y también son hispanistas, por eso el vínculo con España, con la Real Academia de la Historia en España.

Empiezo a indagar sobre los historiadores, (no puedo hablar de historiadoras porque aún no había ninguna, ese es un tema importante que destacar en mi libro). Entro a estudiar a la Academia, voy a la Ciudad de México, voy al archivo de la Academia, sus actas de reuniones, empiezo a indagar otros archivos como el del Museo de Antropología e Historia donde está el archivo de Silvio Zavala, toda su correspondencia, cartas, oficios que hacía cuando él era burócrata del Estado mexicano, pero también cuando era directivo o presidente de El Colegio de México, toda esta gama de relaciones que hizo Silvio Zavala en México y Latinoamérica.

Con todos estos archivos me doy cuenta de que hay un hueco muy interesante de la historiografía mexicana, que se ha estudiado desde finales del siglo XIX llegando hasta Justo Sierra, Bulnes y todos estos grandes historiadores del momento científicista y positivistas, y hay un hueco hasta llegar 1940 porque ahí se empieza a estudiar cuando llegan los españoles y se creó el Colegio de México. Entonces son fácilmente 30 años que hay algunas pistas, Álvaro Matute, Evelia Trejo, el propio Guillermo Zermeño, dan pistas de qué pasaba en México en la historia o en la historiografía de la disciplina en esos 30 o 40 primeros años del siglo XX, entonces al darme cuenta de este hueco, decido hacer ese recorrido de los historiadores, sus instituciones, sus asociaciones, escuelas que se van abriendo, la licenciatura en historia en la UNAM -en ese momento todavía Universidad Nacional de México- [que] en 1927 sale la primera licenciatura en Historia del país.

Ese fue el tema que decidí hacer con el apoyo de mi director de tesis el Dr. Martín Sánchez quien me guio con la investigación, él conocía el caso también católico michoacano, había hecho investigaciones al respecto; y con mis lectores, en una primera etapa me lee Álvaro Matute idóneo para la cuestión historiográfica, Aimer Granados de la UAM y también Rafael Diego Fernández que es profesor de El Colegio de Michoacán [quienes] fueron el sínodo que desde el principio me estuvieron guiando. Lamentablemente fallece Álvaro Matute [quien] no termina conmigo la investigación y no está al final en el examen.

Esta tesis doctoral finalmente decido enviarla a publicar al Colegio de Michoacán, en el 2016 la termino, la envío a finales de 2017 y termina publicándose a finales del 2021 por el Colegio de Michoacán y el Colegio de la Frontera Norte.

Este libro (*Los historiadores. Una comunidad de saber. México, 1903-1955*) es un periodo con un gran hueco historiográfico, que va de los cuarenta a 1955, cuando sale el primer tomo de *Historia Moderna de México* de Cosío Villegas, ahí cierro, en 1955, porque para mí es la primer obra colectiva construida por la mayoría de ellos ya profesionales de la historia, no todos ni todas -porque allí ya participan historiadoras-. De 1955 para acá, para adelante del siglo XX, considero que estaremos hablando de otro proceso historiográfico.

En 2015 empiezo a dar clases en la Facultad de Filosofía de la UAQ, , todavía no me titulaba del doctorado, tenía solo la maestría de la Ibero y empiezo a dar clases en la licenciatura, en la maestría en Estudios Históricos, me empiezo a afianzar en la Facultad de Filosofía, que es hasta el momento la institución donde estoy establecido.

E: Muchas gracias y creo que muy completa la exposición respecto a la trayectoria profesional, y en este sentido cómo identificas el vínculo entre ir a Ciudad de México, la motivación para llegar específicamente a la Ibero; ya mencionabas a Alfonso Mendiola, está Zermeño y otros que han sido muy importantes para el tema de la historiografía, para el tema de la teoría de la historia: ¿cómo es el vínculo para decidir ir al Colegio de Michoacán? ¿por qué específicamente El Colegio de Michoacán para hacer una tesis doctoral relacionada con esta temática particular? Y ¿cuáles son las principales aportaciones que tu identificarías o que tus sinodales identificaron en tu trabajo?

JIMM: El Colegio de Michoacán fue una opción desde el principio, en el sentido de que la Universidad de Guadalajara tiene muchos vínculos con la institución, mucha gente de la Universidad de Guadalajara, al salir de la licenciatura se fue a estudiar al Colegio, me parece [que] desde la década de 1990, entonces desde que yo estaba estudiando la licenciatura para mí era una opción. Intenté entrar al Colegio en una primera ocasión cuando salgo de la licenciatura, no quedo en la selección y decido irme a la Ciudad de México a la maestría en la Ibero, termino los 2 años y vuelvo a intentar y la segunda es la vencida -como dicen-, también -evidentemente- traía más bagaje teórico, historiográfico en general, pero el Colegio de

Michoacán siempre fue para mí una opción para seguir los estudios disciplinares de la historia.

Es importante que, en un principio como comenté, mis temas eran el catolicismo, hispanistas, católicos, intelectuales como los Méndez Plancarte que ya había estudiado, michoacanos, zamoranos específicamente. Entonces al entrar al COLMICH traigo un tema similar al de los hermanos sacerdotes Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, pero finalmente fui derivando el otro tema y cuando decido qué tema de investigación hacer en el doctorado, se deriva a los historiadores y estoy contento porque para mí es un cierre ideal, para alguien que estudia historia desde la licenciatura, que le interesan los intelectuales, ver a los historiadores como intelectuales.

Para la segunda pregunta que me hacen sobre el aporte, qué se ve como aporte de la tesis, yo diría [que] ver a los historiadores como intelectuales [porque] es tratarlos como intelectuales, es decir, como individuos que hacen redes, grupos, asociaciones, donde ocupan espacios de sociabilidad, opinión pública. Siempre se ha visto a los intelectuales como escritores, es decir, novelistas, poetas o artistas plásticos, se analiza todo el grupo de Diego Rivera, de Orozco, de los grandes muralistas mexicanos del XX, el caso internacional también, pero los historiadores [son vistos] como si fueran individuos aislados, como si trabajan por sí solos, por sí mismos, en archivos [donde] hacen su investigación, quizás dialogan con colegas, pero hasta ahí, siempre es el individuo trabajando por sí mismo, que era la idea que venía del siglo XIX.

Esa idea de ver a los intelectuales como grupo, como comunidad -como lo llamo en el título del libro- me parece es el gran aporte y sí que me interesa lo que escriben; es decir, de qué temas hablan, si hablan de la época virreinal, del siglo XIX, de la Independencia, sí me importa pero me importa más con quienes se aliaron para hacer una institución, es decir, es amigo de Cosío Villegas, es amigo de Genaro Estrada o a quién educó, también en ese sentido Genaro García a principios del siglo XX y Luis González Obregón, esos primeros maestros a quienes forman.

Me parece que no se ha visto la historiografía de esa manera en México, si con ciertas pistas de Álvaro Matute, Zermeño [que] es más historiográfico con su cultura moderna de la historia, su libro determinante para encontrar cuando se empieza a leer a Ranke en México y otros aspectos [que] están en ese libro de El Colegio de México, pero mi propuesta en ese

sentido, si lo queremos llamar así, es más sociológica; dónde se aterriza el historiador para funcionar, en qué instituciones y ahí fue fundamental la lectura, que ya lo había leído pero no había entendido del todo hasta que llegue a la Ibero; es Michel de Certeau con la *Operación Historiográfica*, [donde menciona] que el historiador habla desde un lugar, y de Certeau se pregunta [acerca de] la operación historiográfica.

Me sirvieron también unos libros fundamentales de cómo se había analizado la historiografía norteamericana de Peter Novick que es *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana* y hace algo muy similar, algo que yo intento, que es ver a los historiadores norteamericanos en esa transición del siglo XIX al XX y donde -como el título dice- ese noble sueño de ser objetivo, que era eso, un sueño solamente. La objetividad absoluta del historiador o del gremio y ese es uno de los aportes: estudiar las revistas de historia que se habían dejado de lado, nada más se analizaba a ver qué temas hablan, para adquirir información sobre el periodo que estudian estos historiadores pero no para entenderlos a ellos mismos; es decir, por qué estudian el periodo virreinal y no el prehispánico o al revés, por qué algunos son marxistas, o en qué corriente marxista se ubican, son científicistas o católicos, o son liberales algunos de ellos. Eso me parece que se puede encontrar en el libro.

E: Nos puedes definir qué se entiende o cómo se caracteriza una comunidad del saber.

JIMM: sí, lo defino en la introducción, la comunidad del saber es esa comunidad que escribe para sí misma, es decir, es una comunidad, explico por qué es así, por qué los historiadores y las historiadoras actualmente escribimos nada más para nosotros, para los pares, y se ha criticado, se dice que tenemos que llegar a aspectos más amplios de la sociedad y sí, igual es un noble sueño, así como el objetivismo es un noble sueño, llegar a más sectores de la sociedad, pero lo que quise dejar claro es que en este periodo nace la disciplina, nace el gremio, una comunidad del saber que se sostiene a sí misma. Si no fuera por el gremio que se sostiene a sí mismo, que nos leemos a nosotros mismo, no existirían en las universidades licenciaturas en historia, maestrías, doctorados en historia, revistas especializadas, donde nos leemos a nosotros mismos, nos reseñamos a nosotros mismos.

El gobierno mexicano da recursos, becas [con la] intención de que beneficie a la sociedad en su conjunto pero hay que ser honestos, no

ocurre así, no es un beneficio amplio para la sociedad, es decir, las grandes capas de la sociedad no sabe ni quiénes son Álvaro Matute, ni Zermeño, ni Mendiola, ni qué es el historicismo, ni qué es la historiografía, [porque] son terminologías demasiado especializadas, como lo hace un matemático que escribe para otros matemáticos, un físico, un químico, cualquiera de estas disciplinas. Claro [que] ahí la diferencia es que a la historia se le pide que sea social, pero no ocurre lo mismo con la filosofía, yo no he escuchado que se diga por qué el filósofo escribe para otros filósofos, debería todo mundo saber quién es Kant, Hegel, Heidegger, Alfonso Caso -en el caso mexicano-, Samuel Ramos, no se pide eso, pero la historia parece ser que sí tiene esa sensibilidad, que debe ser conocida para todos.

Pero volviendo al punto, una comunidad de saber se sostiene a sí misma porque se escribe para ella misma, para que nos leamos nosotros mismos, y como digo ya depende de cada posicionamiento si queremos salir de esa comunidad por momentos, podemos salir esporádicamente de esa comunidad pero no podemos sobrevivir sin esa comunidad, es la enseñanza quizá que yo tuve al leer todos estos documentos, archivos, bibliografía y lo había entendido porque yo estoy formado en una disciplina desde la licenciatura; lo dice muy claro Michel de Certeau, ¿quién es el que habla cuando habla el historiador?: La disciplina, cuando salimos de este espacio, estamos hablando del libro, de la licenciatura, de la maestría, del doctorado en historia, no está hablando Jesús Iván Mora Muro, está hablando la disciplina. Parece que es algo metafísico pero no, como un ente que te posee y habla por ti, pero sí, es la disciplina la que habla por ti. Yo cuando estoy con mi familia, con otras personas, no hablo como historiador, no hablo de terminologías. El libro sostiene, defiende o en él defiende que en estos años se forma esa comunidad y hasta la fecha nos rige.

E: Cómo es que esta comunidad del saber se abre camino frente a otras comunidades del saber que a lo mejor ya estaban legitimadas o más afianzadas que la comunidad de historiadores y qué intenciones tiene, ya planteabas esto, pero nos gustaría si puedes hablar sobre cuáles eran las intenciones para que esta comunidad fuera percibida ante las otras comunidades, como una comunidad de intelectuales, de profesionales de la historia.

JIMM: Es muy Interesante porque al momento me parece se están formando a la par los antropólogos, los arqueólogos, lo leí en la Revista Mexicana de Estudios Históricos fundada por Alfonso Caso, como sabemos arqueólogo y por Manuel Toussaint, historiador del arte, entonces en este momento al parecer están a la par, no hay mucha diferencia entre ser arqueólogo, ser historiador ser antropólogo, ser sociólogo -en algunos casos- y están conviviendo, están formándose al mismo tiempo.

Lo que me llamó mucho la atención es que [existe] una cierta división entre comunidades, en una lista que ahí cito, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, [que] la mandó hacer o a construir Genaro Estrada, porque en ese momento era todavía el Secretario de Relaciones Exteriores y hacen una lista de quienes son los historiadores y donde viven en el país, son algunos nombres pero también hacen una lista de los médicos, de otras comunidades, artistas plásticos por ejemplo también los tienen ahí numerados por la subdirección.

Me llamó mucho la atención que en esta lista dice “son historiadores”, claro cuando uno lee los nombres, parece que se dedican a múltiples actividades de las ciencias sociales o humanas: arqueología, literatura, quizá más que [a la] historia, pero se empiezan a querer definir ciertas reglas del proceder histórico, es decir, yo pienso que empiezan a formularse, y esta Revista Mexicana de Estudios Históricos es el primer eslabón o una primer muestra (1928-29) y si se fijan son los mismos años [en] que nace la revista de Annales, eso me pareció también muy interesante, que no se había estudiado esta revista, me la encontré en el archivo del COLMICH, en la biblioteca, los números que habían dado a luz, y me he enterado que en la ciudad de México nadie la ha consultado o citado, o que esté en la Hemeroteca Nacional, puede estar perdida quizá en algún acervo.

Es un posicionarse como historiador, como gremio [de] historiadores y otras comunidades que pienso que están más afianzadas, no eran las ciencias sociales [las más afianzadas] pues también estaban en proceso: arqueólogos, antropólogos; comunidades de médicos ya tenían sus asociaciones, discutían entre ellos, quizá por esta cuestión más pragmática que viene del positivismo. Entonces son médicos que ya están hablando de las ciencias duras, el positivismo finalmente es una filosofía pragmática, qué es lo que te da una inmediatez, una utilidad ahí es donde

son sociedades más homogéneas y con más fuerza en [el] México de transición del siglo XIX al XX.

Para finalizar este punto, considero que se da una multidisciplinariedad natural no forzada, entre estas comunidades, pero poco a poco, para bien o para mal, nos hemos ido encapsulando por gremio, en la Facultad de Filosofía de la UAQ casi no dialogamos con los colegas filósofos o antropólogos, nos vemos, nos saludamos, pero a hacer trabajos interdisciplinarios es por obligación. Hay equipos de trabajo multidisciplinario que llegan quizá a la interdisciplinariedad, pero tanto se encapsuló la disciplina en esos años que ya es difícil que rompamos barreras y se piden en los puestos de trabajo en las universidades un historiador, un antropólogo, un filósofo. Alguien que estudió algo interdisciplinar como el doctorado que tenemos en la facultad, quizá es más difícil que se pueda acomodar en una institución.

Si hay otras comunidades, pero no tanto de las ciencias sociales y en este momento son comunidades híbridas -este es un dato importante-. La “Revista Mexicana de Estudios Históricos” cambia de nombre en 1939 con Alfonso Caso, igual como director, pero le pone el nombre de “Revista Mexicana de Estudios Antropológicos”, ya no de historia, es antropología pura y se adhiere a la Escuela Nacional de Antropología e Historia; es una revista emanada de estas instituciones antropológicas y arqueológicas, y ahí podemos [ver] que hay un quiebre, un cambio para Alfonso Caso [quien] ya no [se identifica como] historiador, es arqueólogo. La revista nace en 1927 [y es] en 1933 cuando [ocurre] su gran descubrimiento en Monte Albán, en la tumba 7 [que] toma relevancia internacional, él ya se asume como arqueólogo.

E: Y en este proceso de institucionalización y profesionalización de la historia y diferenciarse de otras disciplinas, ¿cuál es la relación de este proceso con la comunidad del saber de los historiadores?, ¿qué participación tuvo?

JIMM: Algo importante que yo pienso que debí haber hecho más énfasis en el libro, que en ese periodo no son profesionales, quizá eso sí lo dejo claro, que no son profesionales, es decir, que no viven totalmente de ello, que es una categoría difícil de asir. Para mí el profesional es el que vive de ello, el primer profesional [de la disciplina histórica es] Silvio Zavala, quizá por ahí algunos otros que ya estaban viviendo de la profesión, pero son especialistas, es decir, los primeros del siglo XX no son profesionales pero

sí son especialistas y ahí pongo una categoría interesante en la introducción basado en Bourdieu: son “especialistas especializantes”, es decir, especializan a otros, les dicen cómo leer un documento o de qué manera paleografiar, en qué archivos importantes pueden encontrar la información, en las clases de historia aprenden a cómo adquirir información también o datos de dos fuentes encontradas o alternas.

Hay instituciones primero, en ese sentido 1910, cuando nace la Universidad Nacional de México y la Escuela de Altos Estudios en la ciudad de México es un parteaguas, por eso también es algo importante en el libro el hecho de que trato de salirme de la ciudad de México y hablar, aunque sea un apartado, de lo que está pasando fuera de la ciudad de México, en Yucatán, Michoacán, Jalisco, en el norte [encontré] menos cantidad de historiadores y los archivos más paupérrimos.

Pero en este proceso, los historiadores de la institucionalización de las ciencias sociales -para aterrizarlo quizá en esas disciplinas- es importantísimo, porque un Justo Sierra que se considera a sí mismo historiador, y que es quien abre las puertas de la Universidad Nacional, [también] es el que da apertura a la Escuela de Altos Estudios y da ese impulso a que conozcamos nuestro pasado, nuestras culturas originarias, también la cultura hispánica, católica.

Para México y lo vemos hasta la fecha como país, la disciplina historia es fundamental, Genaro García el primer profesor “especializante” -como lo estoy llamando-, de nuevos historiadores en el Museo Nacional, dio clases de historia a estudiantes becados, eso para mí es fundamental también. No he rastreado si en América Latina es el mismo caso para principios del siglo XX, que den becas de manutención a estudiantes que estaban cursando materias de historia o de humanidades. Ahí se nota que es un interés fundamental del Estado mexicano, que no hay que dejarlo de lado, que siempre el Estado está presente como un benefactor de las ciencias sociales y humanas, para bien o para mal también, y con toda la crisis que pueda haber en la siglo XX -o corto siglo XX como dice Hobsbawm- y en lo que va del siglo XXI, se sigue apoyando en ese sentido a estas disciplinas.

Entonces para sintetizar, los historiadores son un empuje a la disciplina, para no hablar solamente de los historiadores, la disciplina se apoya desde el Estado mexicano, fundamenta la institucionalización, asociaciones como el Fondo de Cultura Económica, que nace con Cosío Villegas con una

intención de estudios económicos, pero ahí entran las humanidades y el Estado posrevolucionario ahí está.

E: ¿Cuáles son los principales cambios y permanencias que has identificado a partir de ese momento, en comparación con la o las comunidades del saber dentro de la historia en este momento? y ¿qué función juegan dentro de estos gremios o función social, si pudiéramos hablar muy como a la Florescano, de decir si hay una función social de la historia en relación con esta comunidad o a estas comunidades?

JIMM: Para hablar un poco de un antes y un después, pienso que es muy claro en el libro que hay una discusión ideológica en las primeras décadas, ser panistas o ser indigenistas por un lado, ser católicos o ser marxista, entonces las discusiones históricas se dan por ese lado, comunidades que están encontradas o en pugna, facciones que están en continuo acomodo en el campo historiográfico como lo podría llamar Bourdieu, se da esto y ya más claramente con la discusión de Zavala y O´Gorman entre historicistas y positivistas. Por un lado positivistas [con] Zavala, que está mal dicho que es positivista, más bien es científicista como diría Matute, [y por el otro tenemos a] O´Gorman y su grupo historicistas que son herederos del discurso de Ortega y Gasset, de Gaos, por otro lado de Heidegger, esta idea de que con la fuente primaria no accedes al pasado en sí mismo, no estás accediendo al pasado en sí, sino a reinterpretaciones, invenciones como el propio O´Gorman dice: “la invención de América”.

Ahí veo un parteaguas porque antes no es ideológico, políticamente hablando, ideólogos también [son] los historiadores, pero la discusión se torna al interior de la disciplina, con ellos, con esa discusión en los años 1940, [donde] se da el vuelco a discutir cuestiones que tienen ver con la propia disciplina. De 1955 para acá que ya serían comunidades, se complejiza, vienen historiadores, historiadoras de Europa, que estudiaron doctorado allá, Florescano viene de Francia, vienen de Inglaterra, de Estados Unidos, el propio México empieza a formar con el Colegio de México, la UNAM el Instituto de Investigaciones Históricas, en la facultad de Filosofía y Letras, más historiadores profesionales [que se forman] después de 1955, pues sí ya son comunidades, ahí sí ya claramente, aunque no descarto que en los años 1970 [cuando] regresa el marxismo de otro puño, no es el mismo de los años 1930, sino un marxismo posrevolución cubana, ese renovar en América latina [impacta en] el marxismo historiográfico y ya ahí sí político, revolucionario en muchos

sentidos, pero considero que aun así, sea desde un discurso marxista o desde un discurso hispanista, católico, [todos] discuten sobre los fundamentos de la disciplina. Eso sí cambia y cuando se llega a discutir desde una postura política siempre hay un foco rojo, [porque] se señala el deber ser objetivo; esa idea de objetividad, aunque muy poco sostenible, pero en la nueva etapa de la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI, tenemos que pensar en comunidades en plural.

En la cuestión de la función social es algo muy discutible, [porque] cómo se puede llegar a lo social desde lo histórico, como dije ya mi postura, mi hipótesis es [que] hablamos con nosotros mismos y hay que asumirlo, pero no descarto la otra vía, que es la vía de ampliar nuestros conocimientos, apoyar en cierta manera desde una óptica social.

Yo abordo reconocer esa comunidad de saber que sostiene al gremio y la otra, la función social ya no como esa idea de la historia maestra de vida, que es muy del siglo XIX, que sí se sigue repitiendo, cuando le preguntas a alguien en la calle ¿para qué sirve la historia? es para no cometer otra vez errores que se cometieron en el pasado, “pueblo que no conoce su historia está condenado o condenada la nación a repetirla”. Es un tema muy decimonónico, que parece que funciona muy bien porque la gente lo sigue reconociendo así, pero como sabemos no garantiza que Alemania sepa su historia nacional del nazismo para que no haya otro brote racista, xenófobo; conocer el pasado no te garantiza que no repitas errores, así como uno como un ser humano individual, el que tengas memoria individual no garantiza que no vuelvas a cometer los mismos errores, pero sí tienen un abanico de posibilidades más amplio.

Cuando conoces la historia, pero también la literatura, el arte, el cine, discutes regularmente las ideas, eres un individuo o en este caso pueblos mejor preparados, con mayor visión para tomar decisiones, entonces esa función social creo que sigue teniéndola, pero yo no le doy ese peso a la historia sobre la literatura, que en un momento se le dio, porque se tenía la idea de que la historia es de verdades y la literatura es de ficciones. Para mí es igual de ilustrativo leer el *Quijote* que es ficción que leer una biografía sobre Plutarco Elías Calles, es decir, ha tenido más influencia un personaje como Don Quijote de la Mancha en la historia mundial que la vida de un político. Son artefactos literarios diferentes como diría Hayden White; un libro de historia como una práctica moralmente de historia a

una de ficción y las dos pueden tender beneficios sociales importantes de enseñanza constante.

Para finalizar, es una función social de las ciencias sociales y humanas más allá de esa idea de rigurosidad, que te enseña a ser metódico. En la vida ser historiador, historiadora y haber llevado a cabo una investigación de tesis, te hace más riguroso, [porque] tener ciertos mecanismos de explicación, de ordenar ideas, en la vida cotidiana te va a implicar el cambio personal.

Una de las funciones es la adquisición de un lenguaje más amplio de historia y argumentos más sólidos, como dice Jürgen Habermas: en un ideal quizás moderno, el mejor argumento es el que sobresale, [el que va] más allá de que haya *fake news*; opiniones ampliadas por las redes sociales y el internet actualmente, todos podemos opinar, aparentemente en países democráticos, liberales, pero no todos los argumentos son igual de válidos que otros.

En el caso de la historia se sostiene más tu argumento: si tienes más archivo, más fuentes, más bibliografía, argumentas mejor, [explicas] qué ocurrió en un momento y no otro, entonces ya no estamos en esta idea de alcanzar la verdad, pero sí alcanzar ciertas certidumbres por la metodología que utilizaste, las teorías y tus argumentos se sostienen más que otros y el gremio lo sabe. Cuando un libro se sostiene, lo fomenta, lo promociona, un libro, un artículo, una tesis que no se sostiene, el mismo gremio la va relegando; es la policía de la investigación, son los árbitros del mismo gremio de dar validez o no. Ese término también de validez muy de Habermas, facticidad y validez, su libro famoso con esta cuestión de la acción comunicativa. Eso es para mí es una respuesta muy personal, muy teórica quizá, pero esa es la función social de la historia; dotar de individuos y comunidades con mayores aptitudes para el diálogo y mayores aptitudes para comprobar sus aseveraciones.

E: Respecto a tu proceso de investigación ¿encontraste obstáculos o dificultades en tu proceso al trabajar historia reciente? ¿cuáles?

JIMM: Para la cuestión de archivos en la Ciudad de México tuve la suerte de que cuando estaba en el Colegio de Michoacán obtuve la beca Teixidor de la UNAM, entonces eran 3 meses para dedicarme a archivos. La beca es para personas que estudiábamos fuera de la Ciudad de México y que teníamos que ir a la Ciudad de México a ver archivo; concurso, gano la beca, llego al Instituto de Investigaciones Históricas como becario esos tres

meses y me asignan a la profesora Gisela von Wobeser como asesora, iba a sus clases, eso como paréntesis para entender cómo me fui desarrollando en el archivo en la Ciudad de México y ahí me da tiempo -esos tres meses- para ir más libremente y con recursos a la Academia Mexicana, a la UNAM, a la Academia Mexicana de la Lengua (también fui a ese archivo) y algo que sí me topé en la Academia Mexicana de la Lengua fueron más bien restricciones, como que no están acostumbrados a que vaya uno al archivo.

Yo fui de manera muy libre y toqué la puerta, me abrió el velador, le dije -buenas tardes quiero saber si puedo consultar archivo-, desde ahí me vio de manera muy desconfiada como de “a qué viene, a ver un archivo aquí”, -déjeme ver- fue a preguntar y yo dejé mi credencial de El Colegio de Michoacán, entro y un poco ya molesto le digo a la secretaria que por qué no me dejaban [entrar], me respondió: -es que usted viene de Michoacán, sabe cómo están las cosas, las autodefensas-. Son ciertas dificultades de falta de conexión de la Ciudad de México porque estaba pasando en el resto del país.

Entré, revisé, todo bien con la persona del archivo y en la Secretaría de Relaciones Exteriores mucho trámite, llevar una carta, todas estas cuestiones burocráticas que uno tiene que hacer, finalmente las distancias de la Ciudad de México son abismales entonces sí es un trabajo que tres meses me sirvieron muy bien para revisar los textos, me faltaron el archivo de El Colegio de México, no tuve tiempo de revisarlo como hubiese querido, quizá con una investigación posterior que abarcara de 1955 para adelante, ahí sí podría entrarle de lleno al COLMEX, me serviría mucho.

En general el recurso fue fundamental, entonces para cerrar, en este caso no era tan escabroso el tema, no era cuestión política, guerrillas, grupos armados o desaparecidos en los años 1990, 2000, pero sí noté ese ambiente de desconfianza.

Que también esa es mi visión del mundo, como yo nací en Chihuahua y estudié en Guadalajara, después en la Ciudad de México y en Michoacán, en el libro retrato mi interés por otras zonas del país, es decir, no tengo una visión centralista de la historia eso es importante y lo repito cada vez que puedo. En ese sentido la única problemática que pude haber encontrado fue una cierta desconexión o sensibilidad de algunas instituciones, [por ejemplo, en] la Academia Mexicana de la Lengua hay cierto elitismo, es decir, son [una] élite intelectual y a lo mejor la persona

que me recibió entiende [que] no puede dejar a cualquier persona entrar porque peligra.

E: Nos pudieras platicar un poco de hacia dónde van tus proyectos actualmente, qué hilo conductor han seguido y tienen respecto a este trayecto que nos comentabas de licenciatura, maestría y doctorado, un poco de qué estás haciendo actualmente.

JIMM: Actualmente soy coordinador de la Maestría en Estudios Históricos de la Facultad de Filosofía de la UAQ, tengo desde mediados del año pasado, es decir, tengo un año con estas funciones y estaré un año más, terminaré en julio del siguiente año (2024). Me parece importante estar en ese puesto para seguir afianzando, además estamos en la reestructuración del programa, vamos a poner otras materias, otra visión y en ese sentido me siento contento de ser una pieza más de esa reestructuración.

Antes fui coordinador de la Licenciatura en Historia también de la Facultad [de Filosofía de la UAQ] y actualmente tengo proyectos como la escritura de alguna ponencia. Por ejemplo, hace un mes fui a la Ciudad de México a un coloquio sobre edición y derechas en México y América latina, en particular editoriales productoras de discurso conservador o de derecha, término en el sentido político, entonces volví a la revista “Ábside”, ahora a ver muchos aspectos de la publicación. También mi intención es seguir con la edición, moverme a otros ámbitos no necesariamente católicos o hispanistas, otro tipo de intelectuales, otro tipo de revistas, de editoriales, pero estar en este ámbito de la edición me parece interesante. Y como siempre, no me olvido de lo religioso, de la religiosidad popular o de la religiosidad que puede ser un medio muy interesante para conocer las particularidades actuales, desde una visión histórica pero siempre acercándonos con una tendencia a la historia del presente, que es un proceso histórico no terminado, todavía hay agentes abiertos.

Seguimos con eventos académicos y espero que en un futuro, no sé si el siguiente año empezar a investigar de 1955 para adelante en la historiografía mexicana, me llevaría dos o tres años para cerrar ese segundo volumen de 1955 quizá llegar al 2000, depende el corte de que yo vea se termina ese proceso historiográfico. Es complicado pero quizá podría ser con un equipo de trabajo para que alguien trabaje Sonora, alguien Chihuahua, etcétera, sería un proyecto interesante grupal de historiografía mexicana.

E: Dr. Iván, agradecemos tú tiempo y disposición para platicar con nosotros y que nos permitas difundir un poco del trabajo historiográfico que has venido realizando.